
LA CONFABULACIÓN DE LA LETRA¹

Julia Jorge

¿Cómo escribir un nombre
que nació herido,
antes de ser escrito
antes del origen
de la letra?

Este es un poema de Daniela Catrileo, a quien tenemos la alegría de recibir en este evento. Hablaré a partir de este poema, bajo su anhelo (y un poco a su cuidado). El anhelo por una escritura incierta, anterior. O, mejor dicho, una letra anterior a la letra. Letra manuscrita. Confabulada.

Lejana a su función comunicativa y dimensión estética, pero dueña de la memoria artificial y enclave de numerosos acertijos, la letra que anhelamos está atrapada. Fascinantemente atrapada, por cierto. Pero antes de darle lugar, quisiera diferenciar esta letra mala, de sus escrituras. Por un lado, la de una *escritura facial* que como han señalado algunos filósofos franceses, que nos mantiene en la *ilusión del alfabeto*. La escritura del rostro está ligada a siempre al fonema que sin dificultad hemos ligado a la anatomía: dentales, nasales, labiales, bilabiales, fricativas. A esta letra ligada con el cuerpo aun así la hemos considerado exterior: creemos fielmente en la letra-alfabética. El fonologismo nos ha llevado a no desconfiar de sus formas y tipos. Aprendidas de memoria, son representaciones de nuestras voces y nuestros gestos. La cara de la letra es cara de nuestra cara. Cierta identidad del rostro determina la identidad de la letra. ¿Cómo hemos conservado esta ilusión? Una serie de signos enfilados, sucesivos y siempre bien articulados unos con otros, sobre los cuales se las tildes, los signos de admiración y de pregunta danzan al ritmo de una canción establecida por un modelo. Trazos que *escriben* lo que *decimos*.

Para comenzar a huir de esta ilusión, de las letras del rostro, jardín edénico de puntos y comas, habría que poner atención a la confabulación de la letra manual. Ella, nostalgia pérdida de poetas, reemplazada por el teclado y su música hipnotizadora, es la escritura de la visión y del trazado e involucra de un regreso a la *inscripción*. En este sentido, no quisiéramos hablar estrictamente de la letra de *carta*, *cursiva* o de *molde*, sino de una

¹ BARTHES, Ronald. *Variaciones sobre la escritura*. Buenos Aires, Paidós, 2003.
CATRILEO, Daniela. *Río herido*. Santiago de Chile, Edicola, 2016.
DERRIDA, Jaques. *De la gramatología*, México, Siglo XXI, 1986.
LEVI-STRAUSS, Claude. *Tristes trópicos*, Buenos Aires, Paidós, 1988.

letra más personal, una que reúne el cuerpo y la herramienta en la gimnasia. Es decir, no necesariamente al manuscrito, sino al *movimiento muscular* de la escritura donde la mano toma el punzón o la lapicera para acariciar, deslizar, pinchar o sobrevolar una superficie, cualquiera.

Hablaremos, tal vez, de un deporte o de juego. El acto universal del trazado, no admitido pero evidenciado por Levi-Strauss. En el episodio titulado “Lección de escritura” de su libro *Tristes Trópicos*, el antropólogo lleva a cabo una “Lección” que esta entre experimento y taller literario. En la misma, provee de papel y lápiz a algunos miembros de la tribu para que escriban. Ellos trazan líneas al modo que “decoran” sus calabazas con puntos y líneas. Sin embargo, Claudé enfatiza especialmente en que sólo el jefe (y tal vez solo el pudiera) ha comprendido la relación entre escritura y poder. Durante la ceremonia de repartición de regalos, el Jefe sostiene en las manos un papel con líneas curvilíneas y pretende leerlo cual dictamen. Esa performance es para el etnólogo cierta reafirmación del lugar de poder de la tribu, pero a la vez, ante sus ojos, la escenificación de una *comedia*. Un teatro de bufones ensayado como relata Claude. El jefe quien ha solicitado el préstamo de las notas del etnólogo, traza en su papel líneas sinuosas para mostrárselas al extranjero, prescindiendo de la comunicación hablada y entregando confiando en lo trazado, entonces cada vez que termina una línea, espera a que la significación aparezca y comunique. Pero la cara del etnólogo no expresa ninguna respuesta y en silencio la desilusión inunda el rostro del jefe nambikwara.

Esta vez, en el episodio la mano ha engañado al rostro. Ninguna magia se apodera de esas líneas curvas y sinuosas del jefe. Sus trazos no han sido conjurados por el soplo de la voz. Sin embargo, ya hay allí un gesto de fuga del alfabetismo. Esas rayas ajenas a la voz, derivan de la mano de quien escribe, son los trazos del cuerpo del otro, de la mano. Son la memoria artificial del gesto por el gesto, en ellos se ha inscripto el hecho mismo de escribir. Aunque también, hay que decirlo, por qué no arriesgarse. Dichos trazos podrían coincidir con la ruta nambikwara. En su nomadismo, los trazos podrían ser representación de las rutas, memoria de sus traslados y sus pasajes por el camino. Esta es una posibilidad extraña y una hipótesis derrideana. La escritura cuanto *via rupta*. Esto es, pensar la ruta y de diferencia como escritura, en medio de una selva salvaje, la vía rota, franqueada, fractal, se abre paso y, a la vez, se escribe violentamente como diferencia; el trazado del camino con los pies da lugar al acceso a la escritura. El nomadismo es inscripción de los senderos recorridos o de curvas y giros de un traslado. Estos trazos curvilíneos son ya, registro.

Estas rutas rotas estarían cercanas de algún modo al ideograma (que sistematiza el concepto de manera visual), al anagrama como partícipe de una densa criptografía de sentidos ocultos *entrelíneas*, o bien, diagrama cuanto sistema de orden de lo escrito (orden geográfico de los caminos, orden escrito de la lista de distribución de los presentes). Pero esto no sucede en ninguna *lección de escritura*. No hay duda alguna de la función comunicativa de la escritura, lo cual vela la posibilidad de pensar una lengua ligada al sendero y la vía: líneas que escriben y, a la vez, inscriben el paisaje. Tampoco se duda del etnocentrismo que otorga un valor *indiscutible* del alfabeto como instrumento progresivo, universalista, globalizante, precursor de lo modernidad. En este mismo movimiento alfabeto-centrista se destaca la paleografía para expiarse de la recesión de

las escrituras antiguas, ancianas, rotas. Se trata, como señala Barthes, de una continua declinación: el ideograma es progreso del pictograma, el alfabeto consonántico lo es al respecto del ideograma, y el alfabeto vocálico respecto del consonántico. El alfabeto-centrismo le hace decir al ABC: *somos los mejores*. En él se redimen las escrituras no-alfabéticas, o bien, analfabetas, obligadas a olvidar su vínculo con la materia (la tierra, la línea, la vía) con la promesa de reunir las lenguas en una sola escritura (ilusoriamente babélica). Allí, en ese vínculo clausurado, la letra se confabula.

El acto del trazado se abre paso en las aguas de la historia de la escritura. Se trata de un alfabetismo sin escritura y/o analfabetismo escrito. Un trazo anterior, más íntimo, no pensando, cercano a lo ilegible, que nada dice pero que parece escritura. Trazas personales con su propia lógica, sus ritmos y recurrencias. Una escritura prófuga de la voz. Una que ha despertado del *sueño fonologista*; ilegible pero pegada a su materia. Esa es la letra que anhelo. Una que retorna ya no ligada a la lengua sino exorbitándola. Desertora del alfabetocentrismo es trazo que no significa pero aun así, escribe. Sueño una letra que prescinde del alfabeto, una que es todas las letras. Una que escribe la historia de los sin-historia. Una letra con la que se escriben los nombres que nacen heridos, antes de ser escritos, antes del origen de la letra.